

SÓLLER

SEMANARIO INDEPENDIENTE

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN:

SÓLLER: Administración.
FRANCIA: D. Guillermo Colom—Quai Commandant Samary-5-Cette (Herauld.)
ANTILLAS: D. Guillermo Marqués—Calle de Pizarro Arecibo (Pto.-Rico.)
MÉJICO: D. Damian Canals—Constitución-19-San Juan Bautista (Tabasco.)

FUNDADOR Y DIRECTOR-PROPIETARIO:

Juan Marqués y Arbona.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bartolomé n.º 17

SÓLLER (Baleares.)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA: 0'50 pesetas al mes.
FRANCIA: 0'75 francos id. id. } PAGO ADELANTADO
AMÉRICA: 0'20 pesos id. id. }
Números sueltos.—0'10 pesetas. Id. atrasados 0'20 pesetas.

La Redacción únicamente se hace solidaria de los escritos que se publiquen sin firma, pseudónimo, inicial, ó signo determinado. De los que tal lleven, serán responsables sus autores.

Sección Literaria

EL ACCIONISTA

Decoración: el suntuoso domicilio de la Sociedad minera de explotación de los subsuelos del centro de la Australia. En un gabinete lujosamente amueblado, el presidente de la Sociedad, monsieur Vandreuil, tipo genial del hombre de negocios; fuma un magnífico cigarro en la actitud de un animal felino que descansa pensando en algunas de sus víctimas.

Un Portero.—Señor, ahí está el accionista que viene diariamente.

Vandreuil.—¿Qué accionista?

El Portero.—Ese Anatolio Marigot que armó tanto ruido en la Junta general del otro día. Grita como un condenado y dice que le han robado su dinero. Amenaza con acudir á los tribunales. ¿Quiere usted que le eche?...
Vandreuil.—No, no conviene exasperarle. Tiene cuatrocientas acciones y es preferible convencerle. Deme usted los mapas y ponga en la chimenea las muestras de mineral.

(El portero colocó sobre la mesa de Vandreuil varios mapas de las comarcas australianas.)

El Portero.—¿Hay que avisar á Potier para que se disfrace de lord Switson?

Vandreuil.—Sí, y no se olvide usted del telegrama al cabo de algunos minutos. Que pase adelante ese hombre.

(El portero anuncia al accionista.)
Marigot (con el sombrero puesto y con maneras insolentes).—Ha hecho usted bien en recibirme. Vengo á pedirle á usted cuentas y explicaciones, pues estoy hartito de tanta mentira. Me ha robado usted mi dinero.

Vandreuil (sin inmutarse).—Dispense usted, caballero...

Marigot.—Sí, señor, me ha robado miserablemente. Todos ustedes son unos canallas.

Vandreuil (con suma tranquilidad).—Permitame usted que le diga...

Marigot.—Se ha burlado usted de mí, pues me consta que no hay oro, ni plata, ni cobre, ni nada en esos terrenos de la Australia que nadie ha visitado. Es usted un miserable.

Vandreuil (con mucha amabilidad).—Comprendo su indignación, amigo mío. Los comienzos de la Sociedad han sido muy penosos, y hemos tenido que luchar con enormes dificultades. Los sacrificios han sido extraordinarios; pero el capital, actualmente comprometido, será multiplicado en no lejana fecha. Tenga usted la bondad de sentarse.

FOLLETÍN

UNA HERENCIA

—¿Qué te sucede? dijo Rosario, ¿no estás contenta, hija mía?
—Sí, dijo María con voz débil, dicen que soy nerviosa y todo me hace daño: la alegría y la tristeza. Mira, dijo con aparente alegría, todo ha pasado ya. Ahora saldré al jardín. Ven, Susana, dijo á la joven arisca, iremos á coger flores y haremos un ramillete para adornar la mesa hoy y celebrar los esponsales de mamá.
—Mamá, repitió Susana maquinalmente, y fijando en Rosario su mirada sombría y sin brillo, murmuró por lo bajo: Una mamá como Madame Armand, y salió con María.

X.

EL SACRIFICIO

Pasaron días, y en la quinta de Vanner todo era de gozo. Carlos se esforzaba en que todo pareciera bien.

Había encargado un nuevo mueblaje en París y se hacían grandes preparati-

vos para la celebración del fausto suceso, como se dice, cuando se trata de una persona real.

Rosario, antes de ser esposa de Carlos, manifestó deseos de volver á España. Es preciso, dijo, y por dos razones: la primera es porque el buen parecer no me permite vivir bajo el mismo techo del hombre que debe ser mi esposo, y después tengo que arreglar mis asuntos y los papeles relativos al matrimonio, y se determinó que la semana próxima Rosario volvería á España, y que quince días después Carlos con María irían á Barcelona, donde se celebraría el matrimonio, para regresar otra vez á la quinta.

Este era el plan. María estaba contentísima. ¡Iré á España! decía con transporte infantil. ¡Cuán feliz voy á ser!

Sin embargo, tres días antes de partir Rosario, la niña no pudo levantarse del lecho. Una calentura ardiente se apoderó de ella.

—No será nada, decía ella misma sonriendo; más por la tarde el mal aumentó. Rosario había observado que la niña hacia algunos días que perdiera el apetito, que apenas comía, pero en cambio su ternura había aumentado en términos, que aquello era un verdadero delirio. La niña, como todo carácter nervio-

so, era exagerada en sus afectos, y más de una vez Rosario la hebía dicho:

—¡No me quieras tanto! Y, cosa rara, parecía enfiarse en ello, el cariño para con su papá, y cuando éste quería besarla le decía, á fuer de niña mimada voluntariosa:—Ahora no apestas á tabaco, como Mr. de Saint Gerant. María huía de su padre y deliraba por Rosario. Era aquello una anomalía, un capricho de su carácter mimado hasta el exceso. Pero María era una niña débil; un ser pronto á desaparecer y los padres que tienen una hija semejante siempre están con temor y las mimas y les consienten todo con tal que no se mueran, y Carlos solo vivía por su hija, á quien idolatraba como un verdadero padre, y María empeoraba todos los días, y su enfermedad extraña llegó á alarmar á los facultativos.

Una noche Carlos velaba junto á su hija. Miraba su rostro pálido y sus ojos cerrados, observaba su respiración agitada por la fiebre, y Carlos tenia sus ojos y su mente fija en aquel sér por el cual hubiera dado mil vidas.

—¿Sabéis lectoras y lectores míos cuanto se sufre junto al lecho de un hijo que muere? ¿Habéis contado nunca aquellas horas de angustia que allí se pasan? ¿Ha-

des cantidades de árboles que destilan olorosa goma, algunos de los cuales tienen ciento cincuenta metros de altura. Ya ve el partido que se puede sacar de ese nuevo producto industrial; la cola perfumada para los sobres de cartas, los sellos, los...

(al portero que entra) ¿Qué hay?

El Portero.—Un cablegrama. Vandreuil (después de haber leído el cablegrama, entregándolo á Marigot.)—Lea usted, lea usted la gran noticia. Marigot (leyendo).—«Llegado centro concesión. Salud excelente. Mineral profusión.—Tremouille y Malassis.» (Profundamente impresionado.) ¡Esto es admirable, soberbio!

Vandreuil.—El cablegrama ha venido por la línea telegráfica trascontinental de Palmerston á Melbourne y el cable de Port Darwin.

Marigot.—Sí, sí; ya lo veo. Esto es irrefutable, y ahora más que nunca deploro haberme excedido en mis frases...

Vandreuil.—No le guardo á usted rencor alguno, amigo mío. A mi me pasa lo que á todos los hombres que marchan á la vanguardia de la civilización.

Marigot.—¿Quedan todavía acciones?

Vandreuil.—Ninguna, excepto las mías.

Marigot.—¿Y me vendería usted alguna? Le compraría á usted veinte, á razón de cinco mil francos.

Vandreuil.—¿Como á cinco mil!

Marigot.—Me he equivocado. A nueve mil!... Le doy á usted doscientos mil francos por veinte acciones. Mañana mismo le traigo á usted el dinero.

Vandreuil (Como si hiciera un sacrificio enorme).—Me vengaré de usted enriqueciéndole. Queda cerrado el trato.

(Marigot se retira después de haberse despedido muy cortesmente de Vandreuil.)
Vandreuil (Solo).—¿Con los accionistas hay que apelar siempre á todo género de recursos! (Al portero.) ¡Guarde usted bien estas muestras! ¡Es tan difícil el proporcionárselas!

MIGUEL PROVINS.

Sección Científica

LA CONQUISTA DEL AIRE

En otras edades se conquistaban naciones, razas, imperios, y estas eran las grandes conquistas.
En estos tiempos en que vivimos, sin que se haya perdido aquella vieja cos-

existe, y en lugar de una fiesta veis una tumba; pues el padre, la madre que ha perdido un hijo, y si este hijo era un hombre ó poco menos, ya no rie jamás. y si rie, lo hace con los labios; más no con el corazón. Por esto cada vez que leo en los periódicos la muerte de un joven ó de una joven antes que decir: ¡Pobre joven!, exclamó: ¡Pobres padres! porque en este caso, tal vez el dichoso es el que muere. Ruego á Dios, lectores míos, porque os veáis libres de semejante pena los que no la habeis probado. Muy felices sois. ¡Ay, sí, muy felices!
Carlos sufría esta angustia y la niña cada vez estaba peor. Carlos rezaba; era católico, y creía, por más que en Francia la fe no sea tan vehementemente como en nuestra pátria, gracias á que lleva más años de oír doctrinas que por desgracia ya han franqueado las fronteras. Pero Carlos había tenido una excelente madre y le había enseñado á orar. Es verdad que después se había olvidado algo de practicarle, más junto al lecho de un hijo que se muere, no hay indiferentes, y con el rostro bañado en lágrimas de angustia se reza y se reza con fervor, porque, perdida toda esperanza, solo queda Dios y á El se acude, y he visto entonces hacer votos hasta á los que se

